

## ORACION

FM

289

QUE EN LA APERTURA Y DEDICACION

DE LA NUEVA IGLESIA

## DE SAN ILDEFONSO,

Anejo de la Parroquia de San Martín de Madrid,

PRONUNCIÓ

R/ 46723

EL RMO. P. MTRO. FR. MIGUEL GODOS,

*ex-General de la Religión de San Benito, é  
individuo de la Real Junta de elección de ma-  
terias para la Biblioteca de Religión.*

DALA Á LUZ

EL R. P. MTRO. FR. ANSELMO GAMAZO,

Abad y Cura del Monasterio y Parroquia de San Martín de esta  
Córte.

CON LICENCIA.

N M H

Madrid: Imprenta de D. E. Aguado, bajada de Santa Cruz.



1828.



ORDEN

DE LA AYUNTAMIENTO Y TERRITORIO

DE LA AYUNTAMIENTO

DE SAN ILDEFONSO

DE LA AYUNTAMIENTO

46722

DE LA AYUNTAMIENTO



~~~~~

*Ergo ne putandum est quod vere Deus habitet super terram ?  
Si enim Cælum, et Cæli Cælorum te capere non possunt, quânto  
magis domus hæc ?.....*

¿Es de pensar que Dios habite verdaderamente sobre la tierra?  
Porque si el Cielo, y los Cielos de los Cielos no pueden contenerte,  
cuánto menos esta casa ?.....

LIBRO 3.º DE LOS REYES C. 8.º V. 27.

*Señores:*

**P**luguiera al Cielo que yo me sintiese hoy animado de aquel espíritu de religion y piedad que dictó á Salomon estas palabras, quando dedicaba al Dios de Israel, y Dios nuestro, el primer Templo que se le consagró en el mundo, y el mas grandioso que se ha visto sobre la tierra.

Colocado entonces aquel gran Rey á la





cabeza del inmenso Pueblo, que habitaba desde Emath hasta el rio del Egipto, ora entonaba himnos de bendicion y cánticos eucarísticos al Excelso porque se habia dignado hacerle el instrumento de sus nuevas piedades con Jacob; ora, vueltos sus ojos al Cielo, contemplaba extático la magestad del Eterno que descendia á la morada de los mortales. Unas veces, rebosando en su pecho el alegría mas pura, se felicitaba con sus súbditos de ser mas dichoso que David su Padre por haberle cabido la gloria de edificar una casa al Señor; y otras, uniendo sus afectuosos acentos á los de un inmenso coro de cantores y músicos, ya entonaba las dulcísimas canciones de Sion, ya los tiernos suspiros que, acompañados de su harpa divina, exhalára el Rey Profeta. Enagenado en fin, y absorto al considerar la maravillosa dignacion de todo un Dios, que venia á hacer mansion entre los hombres, ¿es de pensar, esclamaba, que Dios habite verdaderamente sobre la tierra? Porque si el Cielo, y los Cielos



de los Cielos no pueden contenerte, ¿cuánto menos esta casa?...

¡Qué divino entusiasmo! señores: ¡qué júbilo tan puro! ¡qué sentimientos tan dignos del sublime objeto que les inspiraba, y tan propios del que con verdad se ha llamado el mas sabio de los hombres! Dijérase, al ver espresar así unos afectos tan puros, que Salomon celebraba el mayor entre todos los sucesos que hicieron su reinado feliz por algun tiempo.

¿Qué pues? ¿Y nosotros celebraremos hoy un acontecimiento de igual clase, pero todavía mas importante á las luces de la Religion; consagraremos al Dios verdadero un nuevo Templo, cuya gloria y magestad representaba (y esto en sombras) el Templo de Salomon, sin apropiarnos una parte siquiera de aquel santo entusiasmo que inflamaba el alma de este gran Rey? Indiferencia criminal sería por cierto la nuestra. Conoceríamos bien poco lo que era el Templo de Jerusalem, y lo que es cada uno de los nuestros. ¡Ah! ¿Y



qué será si paramos mientes á las circunstancias en que éste se ha erigido y dedica?...

Porque, señores, despues que unos modernos vandalos, soldados mas fieros é impíos que los de Atila y Genserico, con el hacha destructora en una mano, y en la otra la horrible tea, asolaron á millares los augustos Templos, monumentos eternos de la piedad y la fé de nuestros Padres, bien vísteis vosotros á la impiedad pasearse con aire de triunfo por entre sus sagradas ruinas, y recrear su vista sobre sus escombros esparcidos acá y allá, lisonjeándose quizá en los accesos de su orgullo de ser ella la que consumase antes de mucho la destruccion de todo lo sagrado que la Católica España veneraba. Empero sopló el Señor sobre los proyectos que el impío escribia en el polvo..... y se desvanecieron. Las casas de oracion y del culto se levantan de nuevo, unas al lado de pajizas chozas, otras, como ésta, al de los palacios de los Reyes; y la Cruz, signo inmortal de nuestra redencion, desafía de lo alto de sus



torres el furor impotente y el insensato orgullo de los que osáran declarar la guerra al Cielo, y conspiraron contra el Cristo.

¡Qué suceso! ¡No pudiéramos nosotros celebrarle hoy como un triunfo de la divina Religion sobre la impiedad de nuestros dias? Mas el impío le vé..... y yo vengo á hablar á hombres religiosos. Á estos, entre quienes hay quizá no pocos que no penetran bien los sublimes fines de la Religion en cuanto es propio de ella; á estos, á quienes la costumbre de ver las cosas mas grandes y sagradas hace que miren los Templos con una fria indiferencia, á la cual solo puede atribuirse que sean mas profanados por los Cristianos que ningun otro objeto religioso; á estos deseo yo hacer conocer la importancia que el Cristianismo atribuye á la consagracion de un Templo dedicado al Dios verdadero. ¿Y QUÉ ES UN TAL TEMPLO, Cristianos? Os lo diré, despues que hayais implorado conmigo los auxilios del Cielo, pidiéndole me inspire ideas dignas del grande asunto que me pro-



pongo, é invocando tambien para ello los dulces nombres de Jesus y María, todo como se comprende en la hermosa salutacion del AVE MARÍA.

¿Es de pensar que Dios habite verdaderamente sobre la tierra? &c.

**I**lustrados por sola una inspiracion de la naturaleza, ó mas bien acaso instruidos por la Tradicion que empezó en el primer hombre, algunos sabios profanos de la antigüedad consideraron el mundo todo como un Templo augusto, que el Hacedor Supremo llena de la inmensidad de su Ser, y en el cual brillan á la par su sabiduría infinita, su soberana Grandeza, y su Gloria. Ya se vé; esos globos inmensos que, suspendidos como por un continuado prodigio sobre nuestras cabezas, derraman á distancias inmensurables su luz benéfica, y con ella hacen brillar el



hermoso y riquísimo espectáculo de la naturaleza; esa tierra, madre siempre fecunda de seres tan variados como admirables en sus formas y destinos; ese Océano, ese mar vastísimo, morada de vivientes sin número, y tan incomprensible en medio de sus furiosos, como insondable en sus abismos; todo ese conjunto de escenas grandiosas que aparece á nuestra vista ¿puede menos de hacer sentir á quien tenga lumbré de razón el poder y la presencia misma del que todo lo ha criado?

Pero ¿qué triste es, señores, si bien lo pensamos, hablar de la razón del hombre á solas con sus propias luces? Entre estos mismos sabios hubo algunos, y en nuestros días hay quienes hablan ó imitan su lenguaje, que creían degradada la divinidad porque se la erigían Templos y Altares; y otros á quienes siguió casi todo el linaje humano, pensando que un Ser solo no ha podido ser bastante para la inmensa obra del Universo, crearon dioses sin número, y bajo mil nom-



bres diferentes, bajo mil caprichosos símbolos les tributaron culto y consagraron aras, ó en el recinto de algun bosque, ó dentro de unos edificios soberbios y magníficos. De aquí los dioses y los templos de Baal, Moloch, As-tarté y Dagon en Siria y la Phenicia; de Marte, Mercurio, Júpiter y otros entre los Caldeos; de Eaco, Bandua, y Endovélico en la antigua idólatra España; de tantos seres extravagantes en el Egipto; de tantos monstruos divinizados en Roma y en Grecia..... ¡Oh! no lo digamos..... el pudor brama al querer decir cuáles fueron las divinidades y los templos de esa Grecia tan celebrada en las antiguas páginas de la historia; de esa Grecia patria de los Homeros, Hesiodos, Platon, Pericles, Arístides, Demósthene, y tantos otros, cuyos nombres, al paso que hacen y harán siempre la gloria del saber humano, inspiran compasion y lástima en los fastos de las creencias religiosas.

¡Ay pues de toda la tierra, si el Dios verdadero, que debia tener siempre en ella ado-



radores fieles, no se hubiese separado un Pueblo, que hecho depositario de la única verdadera Religion, lo fuese tambien de sus arcanos, sus promesas y su culto. Este Pueblo, sí, este Pueblo, aunque conducido hasta la plenitud de los tiempos entre sombras y tinieblas misteriosas, fue empero el Pueblo único que al través de todos los errores y revoluciones, así religiosas como políticas de los Imperios, ora vencedor de los mayores Reyes de la tierra, ora cautivo; unas veces floreciente y lleno de riquezas con los despojos de las naciones idólatras, y otras humillado y miserable adoró siempre, bien que por desgracia con algunas prevaricaciones, al Dios verdadero, con un culto digno de él. Cuando fue escogido para ser el Pueblo del Señor, sus Patriarcas ofrecían á éste dones y holocaustos sobre un altar rústico; cuando erraba por el desierto levantó un pabellon, y bajo de él el Tabernáculo de la alianza; mas cuando le fue dada la posesion de la tierra prometida, bien que Dios, al decir de un





Profeta, habitase todavía en los Cielos, y tuviese su trono colocado sobre las nubes, erigió un Templo y le dedicó á JEHOVA. El cedro y el abeto, llevados del Líbano, competían allí con los preciosos mármoles, pórfidos y ophites: el oro mas puro brillaba por todas partes, y cuanto el ingenio del hombre pudo hacer mas acabado en relieves y formas elegantes, todo se empleó con profusion en esta obra digna del mayor Rey de la tierra, y del soberano objeto á que se consagraba.

Mas con toda esta magnificencia y grandeza el Templo de Sion, bien asi como el Tabernáculo bajo los pabellones del desierto, eran destinados solamente á reunir los Símbolos de la presencia del Señor, que bastaban para que Israel le adorase con un culto todavía grosero, de sombras y figuras, y que siquiera grabase profundamente en el corazon la memoria de los grandes milagros y beneficios de que fuera acompañada su eleccion. Al fin todo venia á ser nada mas que una preparacion para el culto purísimo que



salvaria á la tierra haciendo desaparecer de ella el de las mentidas Deidades, y que daria al verdadero Israel un nuevo Altar y nuevo sacrificio. ¡Y en dónde, señores, encontramos uno y otro sino en nuestros Templos erigidos sobre las ruinas de los de la idolatría y del mismo de Sion? ¡Ah! ¡qué dignos son del Dios, á quien en ellos adoramos! ¡qué santa y grande la oblacion que en ellos le consagramos! ¡qué milagros los que recordamos! ¡qué gratas y deliciosas las memorias que cada dia renovamos!

Tended, Cristianos, la vista por todo este recinto sagrado; fijadla, os ruego, en cada uno de los objetos que nos rodean. Todo aquí es grave, todo augusto y venerable. Ved esos Altares..... ahí reposan las cenizas de Mártires, Confesores y Vírgines; ahí esperan el dia de su resurreccion gloriosa; ahí está el Ara santa sobre la que á la voz de un mortal, se renuevan cada dia los prodigios de amor y de misericordia que el Hijo del Eterno Padre, Dios como él, obró en favor de



su desgraciada criatura. Humillado, coronado de espinas, cubierto de heridas de los pies á la cabeza, y espirando en una Cruz, así se ofrece ahí siempre de nuevo por nuestros pecados. Ved esa insignia adorable de nuestra Religion, señal sacrosanta de nuestra salud y vida eterna..... El que la contemple con fé viva, la consagrará siempre el justo homenaje de sus lágrimas, y sentirá trasladarse su alma en alas de un amor purísimo al Calvario, en donde admirado y sorprendido siempre de nuevo por la caridad inmensa de nuestro buen Dios con su criatura, ; cómo podrá contener las efusiones de un corazon compungido, ó de una sensibilidad enternecida! Ved, á do quiera volvais vuestros ojos, ved esas estatuas ó pinturas..... imágenes unas de la penitencia y del dolor, otras de la inocencia y cándido pudor; ésta de una fortaleza invicta, aquélla de un alma endiosada en los deliquios santos de la oracion. Ved entre ellas, y la principal de ellas, ese precioso y tierno objeto de nuestra ve-



neracion , la imagen de esa Criatura divina que las generaciones todas llamarán BIEN-AVENTURADA, de María Virgen y Madre de Dios, modelo de todas las Vírgenes y Madre de pecadores, dechado de humildad y de todas las virtudes, de la gracia y del amor casto. Ah! ¡cuántas veces el feroz Sicambro y el Hunno exterminador suspendieron, detenidos por una mano invisible, el golpe de su hacha que iba á descargar sobre los Altares, á la vista de un cuadro patético de la Virgen ó de otros de nuestra historia santa! Tan cierto es que ellos son muy propios para conmover la sensibilidad mas muerta; y con respecto á nosotros, nada es mas á propósito que la presencia de estos objetos religiosos en los Templos, para escitarnos á la piedad y la virtud, y llamar nuestras almas hácia sí mismas cuando el prestigio de las pasiones las deslumbra, ó cuando las dominan demasiado las inquietudes y cuidados de la vida. ¿Quién de nosotros, señores, no lo ha sentido así en sí mismo alguna vez, mirando



estos objetos con ojos religiosos? ¿Y quién por lo tanto no se indignará, con esta experiencia, contra esos hombres que lloran mal empleados con tan santo fin, y dentro de nuestros Templos, los ricos pinceles de Rafael, Miguel Angel, el Ticiano, Rivera, Murillo, Cano, Velazquez, Navarrete, Rubens, y otros pintores célebres? ¿Qué no pudiera yo distraerme por unos momentos á confundirlos! ¡Impíos! porque saben que el corazon se corrompe desde que la vista se recrea con los cuadros de la lubricidad, quisieran ellos que el arte hermoso de pintar se hubiese prostituido siempre por sus mas ilustres profesores, como hoy se prostituye, á revelar á los ojos de la inocente doncella y del incauto jóven todos los horrores y crímenes nefandos, cuyos tipos es capaz de producir el vicio mas procaz y execrable; y quizá por esto la impiedad de nuestros dias se lisonjea ¡oh dolor! de haber hallado el medio eficaz que no encontró hasta ahora en otras tentativas tuyas, de propagar con las inhonestas pintu-



ras la inmoralidad en la generacion presente. Por una razon inversa, y porque saben que los retratos de la inocencia, y del pudor, y de la virtud, y de los milagros de nuestra Religion augusta, y de sus dignos héroes, y sus gloriosos hechos elevan el alma y la imprimen sentimientos sobrehumanos, por esto quisieran apartarlos para siempre de nuestra vista y de nuestros Templos. Empero no, no lo conseguirán, y así como hubo un tiempo en que todo en este género se consagró á la Religion y las Iglesias, debiéndose á este espíritu religioso la conservacion del mismo arte, así tambien nuestra piedad encontrará siempre de que alimentarse con los preciosos recuerdos que las sagradas Imágenes y pinturas nos inspiran en los Templos.

Mas no olvidemos los otros objetos religiosos que en éste nos rodean. Ved esos tribunales de misericordia y de gracia.... En ellos se sentarán los ungidos del Señor que juzgan á los Dioses de la tierra; pero para reconciliarles con el Cielo, para obrar con



ellos y con todos nosotros mayores prodigios, en sentir de Agustino, que lo fue la creacion del Universo, y para darnos el consuelo ó la vida misma de nuestras almas. Ved esta sagrada Cátedra..... Desde ella la voz del mismo Dios, semejante unas veces á la del trueno conmoverá, hará estremecer y aterrará la conciencia del malvado, y otras á la manera de un tierno quejido de paloma, repetirá los dolientes ayes de la Iglesia santa, que afligida por la perdicion de los pecadores, querrá atraerles al seno de su Padre celestial, y dirigiéndose en nuestras grandes festividades á los justos, será la voz del júbilo y alegría que resonará en sus Tabernáculos, y transmitirá de generacion en generacion la memoria de sus gloriosos hechos.

¡Oh! ¡y qué auxilios tan poderosos prestan así los Templos á nuestra flaqueza! ¿Qué valdrian sin ellos para nosotros? Lo que valen esos silenciosos y desnudos muros que llaman iglesias las naciones cristianas separadas por la rebelion de nuestro culto. ¡Qué



pobres son tales iglesias, y qué mezquinas han quedado sin nuestras memorias religiosas! ¡Qué tristemente lloran los caminos que conducen á ellas desde que se las despojó de la antigua magestuosa pompa que tuvieron siempre, empezando en los primeros felices dias de su Cristianismo! Arrebatados de un furor bárbaro contra los objetos de su misma primitiva creencia, y fingiendo que los hermosos dones consagrados al culto por las bellas artes eran profanos y prohibidos por el Señor, los sectarios del siglo XVI, precedidos y seguidos de otros, cometieron en sus Templos los atentados mas horrendos y los mas sacrílegos despojos. Los Altares, los santos Vasos, las sagradas Reliquias, las estatuas, las pinturas, las representaciones de los milagros de Jesus, de sus sufrimientos, de su sangrienta muerte, todo, todo fue entregado á las llamas. ¡Qué furor! ¡qué sacrílego y bárbaro furor! ¡qué demencia! El mismo apóstata que habia puesto en las manos de aquellos monstruos el hierro y el fuego, cor-



re presuroso á impedir tamaño estrago, conociendo, bien que tarde, que no hay Religion sin culto, culto sin Altares y Templos, ni éstos sin un aparato magestuoso.

Y en verdad, ¿de qué pueden servir los últimos cuando no correspondan á la necesidad que tiene nuestra alma de adorar siempre á su Dios? ¿de qué pueden servir si no son á propósito para inspirar á esta misma alma impresiones profundamente religiosas, de que tanto necesita, engañada unas veces por las falsas apariencias de los objetos mundanos, seducida otras por las ilusiones de la imaginacion, y hecha siempre un juguete de la vanidad é inconstancia de sus deseos? Porque, señores, hay muy pocos entre los Cristianos que, aun de tarde en tarde, quieran oir la voz interior del Divino Esposo que, como á la Esposa de los Cantares, les llama á las misteriosas soledades de su alma; y no hay ninguno que no necesite afirmar su fé, y alimentar su piedad repetidas veces con los recuerdos de las maravillas



de los antiguos dias, y las representaciones de los misterios del Hombre-Dios. Y hé aquí lo que muy particularmente encontramos en nuestros Templos.

¿Pero, señores, lo he dicho todo? ¡Ah! Yo oigo una voz celestial que me grita: alza tus ojos, mortal, y mira; *leva oculos tuos, et vide*, mira cerca de ti el mas grande y sublime entre todos los objetos que has recorrido. ¿Y qué veo?... ¡Oh morada divina! ¡oh templo santo! ¿En qué te diferencias de hoy mas del santuario que habita el Señor antes de los siglos?... ¿Cómo no te llamaré yo en el language sublime de los Profetas un nuevo Cielo de los Cielos? Yo veo aquí á nuestro Dios que ha colocado su Trono en esta morada para habitar corporalmente en ella. Yo le veo, bien que encubierto bajo los Símbolos de un misterio, tal empero como es en sí mismo, en el Trono de su gloria, de su amor, de su humanidad ensalzada.

El Cielo y la tierra, dice el Crisóstomo, se disputaron esta divina posesion, y ambos



gozan de ella sin otra diferencia, que la necesaria por parte nuestra para que el Señor hiciese sus delicias de vivir siempre con los hijos de los hombres, cuando éstos no pudiesen verle todavía cara á cara. Así es, Cristianos, que nosotros adoramos en ese Divino Sacramento una figura y la verdad de ella, una sombra misteriosa y la realidad del misterio, tras un velo sagrado penetrable solamente á nuestra fé, bajo las apariencias de unos elementos consagrados al Hijo del Eterno con el Padre y el Espíritu Santo, al Redentor dulcísimo de nuestras almas, al Cordero de Dios inmolado como una víctima por nuestra salud, y siempre vivo para interceder por nosotros, al Verbo increado y hecho carne en el seno de una Virgen.

Ven, soberbio mortal, ven á adorar aquí al Ser de los seres; ven á adorarle en silencio, y no á decirnos que es imposible descendiendo así el Excelso á la mansion de los hombres. Tu insensato orgullo se subleva contra este misterio el mas augusto, solamen-



te porque tú no le comprendes. ¿Y qué? ¿sería él el milagro por excelencia del poder divino si tú le comprendieses? ¿Qué es lo que tú comprendes en las obras del Señor desde el musgo de los montes hasta la mas noble parte de ti mismo? ¡Oh! Sella tus labios, derribate ante este sagrado Altar, y esclama: *¡Dios excelso! mas te adoro cuanto menos te comprendo.....*

Así tambien nosotros, Cristianos, cuanto mayor fé tengamos, tanto mas deberemos acatar á este Ser Soberano. Un inmenso coro de Espíritus celestiales que rodean su Trono y velan en la guarda de su Tabernáculo, le acatan con nosotros, le aclaman por su Rey, y cubiertos sus rostros entonan postrados el Himno sublime que les oyó en el cielo el Profeta de Pathmos, *Honor, Gloria y Bendicion al que está sentado en el Trono, y al Cordero.*

Venid, pues, y uníos á estos Espíritus angélicos, vosotros, sobre todo los que sois humildes, los que abrigais en vuestro seno una



fé sincera, y con sencillo corazon besais las huellas de las plantas del Señor: venid; vosotros conocereis mejor que nadie con cuánta mayor verdad que Jacob podemos decir nosotros, que Dios está verdaderamente en este lugar sacrosanto; vosotros confundireis al impío que se secará de despecho viendo vuestras adoraciones, y que ojalá reflexionando sobre ellas rasgára con sus propias manos la fatal venda que le ciega, voto de compasion y de caridad que hacian aquellos illustres PP. de Trento, cuyos nombres estan escritos con los caractéres de la inmortalidad en los fastos de la Religion.

Tambien conocereis vosotros mejor que nadie, y podeis decirnos qué es aquí nuestro Dios para con su criatura, cuán accesible es á ella, y cuánto ésta debe y puede prometerse ó esperar de él dentro de su santuario. Porque si Salomon quando dedicaba el Templo de Jerusalem pudo prometerse y esperar que el Señor tendria abiertos siempre sus ojos, y fijo su corazon sobre Sion, que allí



acogeria propicio los votos y súplicas de todo Israel, que vengaria allí al justo de las persecuciones y perfidias de su enemigo, que aceptaria y aun enjugaria las lágrimas derramadas en su presencia por el arrepentimiento, que haria desde allí caer sobre la tierra sedienta el rocío y las aguas del cielo, que se enterneceria con los doloridos ayes del atribulado, que mandaria á la victoria declararse en favor de su Pueblo contra todos los enemigos de su nombre; y en una palabra, si Salomon esperaba que en un Templo donde tan solo se simbolizaba con una nube la presencia del Señor, éste lo concederia todo á los humildes ruegos, á los suspiros y fervorosas súplicas de su Pueblo, ¿qué no podremos prometernos y esperar nosotros dentro de estas moradas donde se encierran todos los tesoros de la Omnipotencia Divina y de la Soberana beneficencia, el dulce objeto de nuestra confianza, y la cara prenda de todas nuestras esperanzas? ¿Dentro de estos lugares de delicias y consuelos para cuantos de-



sean embriagarse de las dulzuras de la casa de su Dios, y saciarse de sus inefables dones? ¿Qué? ¿desciende á ellos el amador nuestro mas que para hacernos presente en cada instante su caridad tan abrasada y ardiente como la que le obligó á hacerse hombre y morir por el hombre? ¿Desciende mas que para unirse á nosotros, y nosotros á él de un modo maravilloso, llamando á esta union inefable á los hombres todos, ricos y pobres, fervorosos y tibios, justos y pecadores, y hasta sus mas crueles enemigos?

¡ Ah! venid, venid, justos, á estas mansiones de vuestro amado; aquí os prodigaré él todas sus delicias y regalos, aquí hablará él á vuestras almas como un amigo habla á otro amigo. Venid, pecadores, á estos lugares de refugio; aquí os recibirá y estrechará entre sus brazos el Padre de las misericordias desde que le invoqueis arrepentidos. Venid á estos asilos propiamente vuestros, almas afligidas, aquí hallareis al Dios de toda consolacion dispuesto siempre á enjugar vuestras



lágrimas, y dulcificar vuestras amargas penas. Venid, Cristianos todos, á este Santuario que la Divinidad ha elegido para ser particularmente adorada en él; aquí se os manifestará en un Trono de misericordia siempre propicia á vuestros votos; aquí recordareis con provecho de vuestras almas los grandes misterios de Jesucristo y de su Religión augusta; aquí acrisolareis vuestra fé, y fortalecereis vuestra piedad con la vista de objetos religiosos; y aquí, en fin, tributaremos todos al Señor el culto purísimo, que salvó á la tierra, bosquejado solamente con sombras y figuras magníficas en el grandioso Templo de Sion. *Y he concluido.*

GLORIA Á DIOS, me resta solo decir con las palabras de Agustino en una festividad semejante á la que nosotros celebramos: GLORIA Á DIOS, á cuya bondad debemos la nueva ereccion de este Templo. Cuando tiempos difíciles parecian quitar toda esperanza de ver entre nosotros nuevas empresas de



esta clase ; cuando al fin de nueve siglos de honrosas y gloriosísimas fatigas empleadas sin interrupcion por los hijos de Benito en engendraros en Jesucristo, y ser los pastores de vuestras almas en una parte principal de esta villa heróica, se veian estos ora proscriptos y arrancados con una violencia sacrílega de entre los brazos de sus llorosos feligreses , ora restituidos al goce de sus derechos por la piedad de nuestro buen Rey que marca los dias de su imperio con otros tantos rasgos religiosos, pero precisados á mendigar de la compasion y la caridad , ya este ya el otro local para el egercicio de sus funciones ; cuando desgracias, asolaciones y calamidades de todo género, bajo las cuales gime y gemirá largos años esta triste nacion nuestra, y que alcanzaron mas que á otros á los monges Benedictinos , hacian á éstos mirar muy de lejos alguna esperanza de remedio, entonces el Señor ha querido que esta obra fuese toda de sus manos ; entonces ha escitado el celo del digno Prelado y Párroco, que á costa de hon-



rosas humillaciones, de sacrificios generosos, y de un ardor incansable, la ha llevado al cabo. El Señor, pues, ha prestado su brazo, él ha empezado la obra, él la ha concluido, y él la santifica hoy con su misma divina presencia. El nombre de Ildefonso, á quien despues de Dios se dedica, volverá á resonar de hoy mas en estas sagradas bóvedas con los dignos elogios de este monge, honor eterno de los Cenobitas, de este hijo regalado de María, de este ilustre Príncipe de la Iglesia de España, modelo de Arzobispos de Toledo. Quiera el Cielo que él sea tambien el Protector especial de los que invoquen el nombre del Señor en este su Templo, y que colmados en la tierra los votos de ellos por tan poderosa proteccion, merezcan, y merezcamos todos, formar con Ildefonso la sociedad de los Santos en la Gloria. AMEN.



396ay /

rosas humillaciones, de sacrificios generosos,  
y de un ardor incansable, la ha llevado al ca-  
po. El Señor, pues, ha prestado su brazo, y el  
ha empujado la obra, y la ha concluido, y el  
la santifica hoy con su misma divina presen-  
cia. El nombre de Ildelonso, a quien después  
de Dios se dedica, volverá a resonar de hoy  
mas en estas sagradas bóvedas con los dignos  
elogios de este monje, honor eterno de los  
Canónigos de este hijo regalado de María, de  
este ilustre Príncipe de la Iglesia de España,  
modelo de Arzobispos de Toledo. Quiera el  
Cielo que el sea tambien el Protector espe-  
cial de los que invocaben el nombre del Se-  
ñor en este su Templo, y que colmados en  
la tierra los votos de ellos por tan poderosa  
proteccion, merezcan, y merezcan todos,  
formar con Ildelonso la sociedad de los San-  
tos en la Gloria. AMEN. A la mañana siguiente  
se celebró en la iglesia de San Juan de los  
Reyes una misa solemne, en la qual se cantó  
un Te Deum, y se leen las oraciones de la  
Misa, y se cantó el Gloria, y el Evangelio.